

terrateniente y financiera? ¿Qué sabían del fascismo aquellos ignorantes soldados de Regulares, de la mehala, de la Mezjanía, de los Tiradores de Ifni, de las harcas, de los Cazadores? ¿Acaso los nacionalistas moros burgueses de las ciudades, no colaboraron con Franco? ¿No llevaban esos ciudadanos moros camisa verde y hacían el saludo fascista gritando «¡Alá!»? ¿Qué sabían aquellos ignorantes campesinos del fascismo como caballo de batalla del capitalismo? Eran analfabetos y ¿conocían que eran las fuerzas de choque de una clase dominante que se negaban a realizar una mínimas reformas que en Europa se aceptaban? ¿Sabían que unos miles de terratenientes poseían más de la mitad de las tierras? ¿Y que 1.500.000 campesinos poseían el 2 por ciento de las tierras y que 2.000.000 de peones las trabajaban sin poseerlas en absoluto? Son interrogantes básicos a los que *Islam y guerra civil española* responde.

En el presente trabajo el autor ha dado gran relevancia a las entrevistas con los ex combatientes moros, por considerar que hay claves importantes que sólo ellos pueden explicar. Francisco Sánchez Ruano recoge en estas páginas sus encuentros con sesenta ex combatientes, de diferentes estatus, para mostrarnos el verdadero papel del Islam en la citada gue-

rra. También explica por qué los nacionalistas marroquíes desautorizaron la participación de islámicos en el conflicto español para luego apoyar a los franquistas, que concedieron la legalización de los partidos políticos, la libertad de prensa en el Protectorado y que llegaron, incluso, a pagar viajes de musulmanes marroquíes a la Meca.

En este libro se lleva a cabo una descripción minuciosa y exhaustiva, siguiendo paso a paso y con todo lujo de detalles, del recorrido de los rebeldes, desde Canarias y el Norte de África hasta la victoria total, y del papel que en este largo, cruel, triste y trágico trayecto jugaron los moros y los legionarios. La lectura de las casi 800 páginas hay momentos en que resulta agotadora.

Pero, en definitiva, ¿por qué lucharon los moros? Botín, violaciones y muerte. Casi todos los historiadores coinciden al afirmar que los moros robaban, violaban y mataban a sus enemigos, a pesar de que ellos lo niegan, en los testimonios recogidos, una y otra vez.

Las diferentes unidades de moros que componían el núcleo del ejército profesional español, junto con el Tercio, eran, el 18 de julio de 1936: cinco grupos de Regulares con tres tabores de infantería cada uno y un tabor de caballería con dos escuadrones los de la circunscripción occiden-

tal, y un tabor y tres escuadrones los de la oriental. También un batallón de Zapadores, un batallón de Transmisiones, cinco mehalas, cinco Mejaznías, y un grupo de tiradores de Ifni. El tabor tenía de 400 a 500 hombres, comparable a los efectivos de un batallón, y el de caballería unos 100 jinetes por escuadrón. Ellos eran la punta de lanza, la tropa de choque.

A principios de marzo de 1937, el Generalísimo hizo con los moros su propia custodia. En la fecha citada llegó a Salamanca el 29 escuadrón de Regulares de Tetuán nº 1. Estos jinetes fueron el origen de la escolta de Franco que luego se llamó la Guardia Mora, unidad de lanceros que le protegió en El Pardo, lo escoltó en desfiles y escoltó a embajadores, hasta su definitivo licenciamiento en 1958. Sánchez Ruano aprovecha para apuntar aquí que hubo otros moros, pocos, que no estuvieron con Franco sino luchando con la II República y que se dividían en tres clases: tropas, cuadros militares y propagandistas. Pero la izquierda nunca valoró Marruecos al ignorarlo casi totalmente, salvo muy raras excepciones.

Casi ni qué decir tiene que esta obra arroja una luz especial sobre la participación de los moros en los tres años de nuestra contienda civil, y con su lectura se obtiene una visión equilibrada y objetiva

de su grado de presencia en ambos bandos.

Un importante lazo de unión

Para el mundo occidental, el Islam es un movimiento sospechoso que se agita ante sus mismas puertas. Bernard Lewis, profesor emérito de Historia del Islam en la Universidad de Princeton, expone en su trabajo el análisis del lenguaje utilizado por el Islam en su literatura, en su filosofía política y en las obras de sus teólogos y juristas. El estudio realizado comienza con una fecha clave, 1979, cuando se iniciaron en Irán una serie de sucesos que produjeron cambios profundos no sólo en el gobierno, sino también en toda la sociedad de ese país y cuyas consecuencias traspasaron las fronteras iraníes.

La Revolución Iraní se presenta a sí misma en términos de Islam, es decir como un movimiento religioso, con un liderazgo religioso, una crítica del orden anterior formulada desde puntos de vista religiosos y unos planes para el orden nuevo expresados desde la religión. «Los revolucionarios musulmanes tomaron como paradigma —escribe Lewis— el nacimiento del Islam y se vieron comprometidos en una lucha contra el paganismo, la opresión y el imperio para establecer, o más bien para restaurar, un auténtico orden islámico».

Como en su día ocurrió con la Revolución Francesa, o con la Rusa, la Revolución Iraní ha tenido también un impacto inmenso en todo el mundo con el que comparte una cultura común desde el punto de vista general y político. Esa cultura está definida por el Islam y abarca, desde el sudeste asiático hasta el occidente de África, pasando por la minoría musulmana bajo el comunismo yugoslavo. ¿Y en qué consiste la atracción del Islam como lazo de unión? Según Lewis, se trata de una cuestión amplia y compleja, cuyos aspectos más importantes son dos. El primero es que en la mayor parte de los países musulmanes el Islam sigue siendo el criterio último que define la identidad de grupo y los motivos de lealtad. «Es el Islam lo que distingue entre uno mismo y el otro —escribe—, entre el de dentro y el de fuera, entre el hermano y el forastero». Un segundo punto, relacionado con el anterior, es que para muchos musulmanes, probablemente para la mayoría, el Islam sigue siendo la base de autoridad más aceptable, de hecho, en tiempos de crisis, la única aceptable.

El autor insiste en que si queremos entender la política del Islam, los movimientos y los cambios que se conciben y expresan en términos islámicos, primero tenemos que intentar entender el lenguaje del discurso político

entre los musulmanes, la forma en que se utilizan y se comprenden las palabras, el entramado de metáforas y de alusiones necesarias en toda comunicación. Y para alcanzar esta comprensión tenemos que ver más allá del lenguaje político que se utiliza hoy en el mundo musulmán, profundamente afectado, o distorsionado, por influencias externas durante el último siglo o incluso antes.

Lewis destaca que la segunda mitad del siglo XX trajo gran desilusión y desencanto a los pueblos musulmanes. A lo largo de los años se habían intentado aplicar muchos remedios importados de Europa y de otros lugares del mundo occidental. Ninguno de ellos ha funcionado demasiado bien, y cada vez más musulmanes han empezado a buscar en su propio pasado, para encontrar un diagnóstico a sus enfermedades actuales y una receta para su futuro bienestar. Así, el lenguaje político del Islam está adquiriendo una importancia y una significación nuevas. La lectura de este libro resulta, por tanto, importante para descubrir lo que el Islam tiene de complejo, diverso y humano.

La «leche negra» del terror

André Glucksmann, uno de los filósofos europeos más importantes de nuestra época y autor de *«Occidente contra Occidente»*, se

encuentra entre los pocos franceses que han considerado más importante oponerse a Saddam Hussein que a George Bush, y que han deseado la caída «por las buenas o por las malas» de la terrible dictadura de Bagdad. Polemista implacable, su crítica a las vaguedades y a las contradicciones del «campo de la paz» introduce un gran debate estratégico trasatlántico que dominará los próximos años.

Glucksmann predica el derecho y el deber a la injerencia. «Cuando un régimen somete a su población al suplicio —escribe—, las sociedades felices tienen el deber de intervenir mediante la palabra y la escritura, sin duda, mediante asistencia, desde luego, mediante presiones diplomáticas o financieras, por supuesto, y mediante las armas, si es necesario». También reacciona ante la inmovilidad de la ONU. «Demasiado respeto mata —afirma—. La santa legitimidad de un Consejo de Seguridad a menudo sordo y ciego, paralizado por sus disensiones, no autoriza a nadie a dejar que los horrores aumenten y perseveren». Está convencido de que, en caso de extrema urgencia, el primero que bloquee un desastre humano es quien tiene razón. «Y eso es así insiste— digan lo que digan las autoridades inmóviles, ya sean municipales, universitarias, pontificias o internacionales». «Destruir a lo que destruye —añade— se convierte

en la más elemental de las exigencias y en el más complicado de los procedimientos».

El autor de *Occidente contra Occidente* considera al terrorismo islámico ejemplar entre todos, ya que degüella en primer lugar a sus hermanos musulmanes para extender a continuación su venganza por el mundo entero; santamente pasa de la ejecución del apóstata al asesinato del infiel. Piensa que hay que observar a los terroristas a ras de suelo, en el barro y en la podredumbre de sus depravadas actividades, porque ahí es donde se parecen, a menudo rivalizan y a veces se ayudan entre sí. «Principio común terrorista —resume—: licencia absoluta para uno mismo, y odio abismal a las libertades individuales frente a los otros».

Glucksmann hace especial alusión a Jomeini, a Bin Laden y al derrocado Saddam, y a la codicia de los tres por el futuro control de Arabia Saudí, depositaria de manera simultánea de tres activos: el maná petrolífero, el poder de los petrodólares invertidos en Occidente y el tesoro teológico de La Meca. «Arabia es la apuesta de las apuestas —comenta—; el que la posea puede chantajear al mundo entero». Se muestra profundamente convencido de que la lucha contra el terrorismo exige la separación entre el cielo y la tierra, porque cuando el cielo sofoca a la